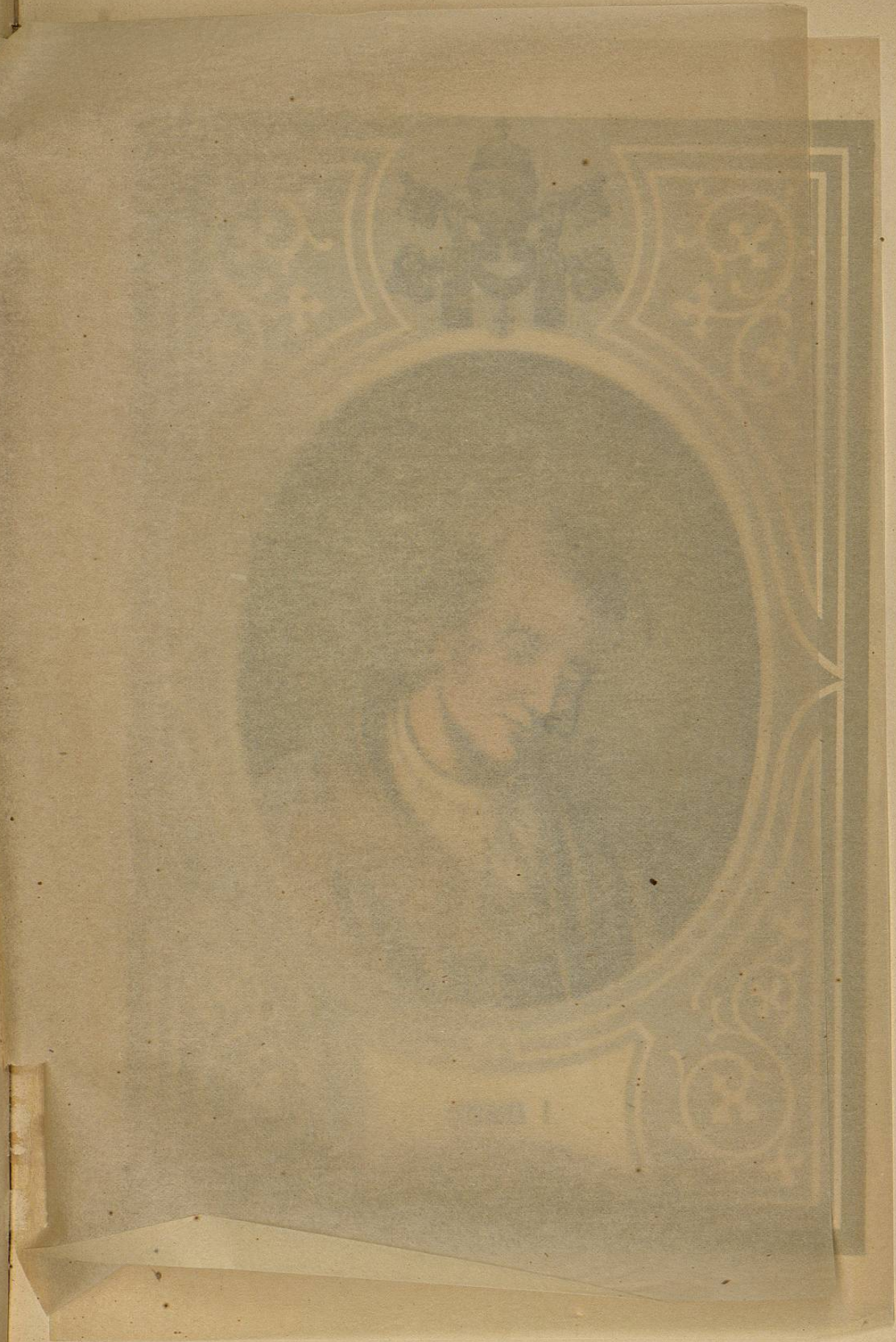
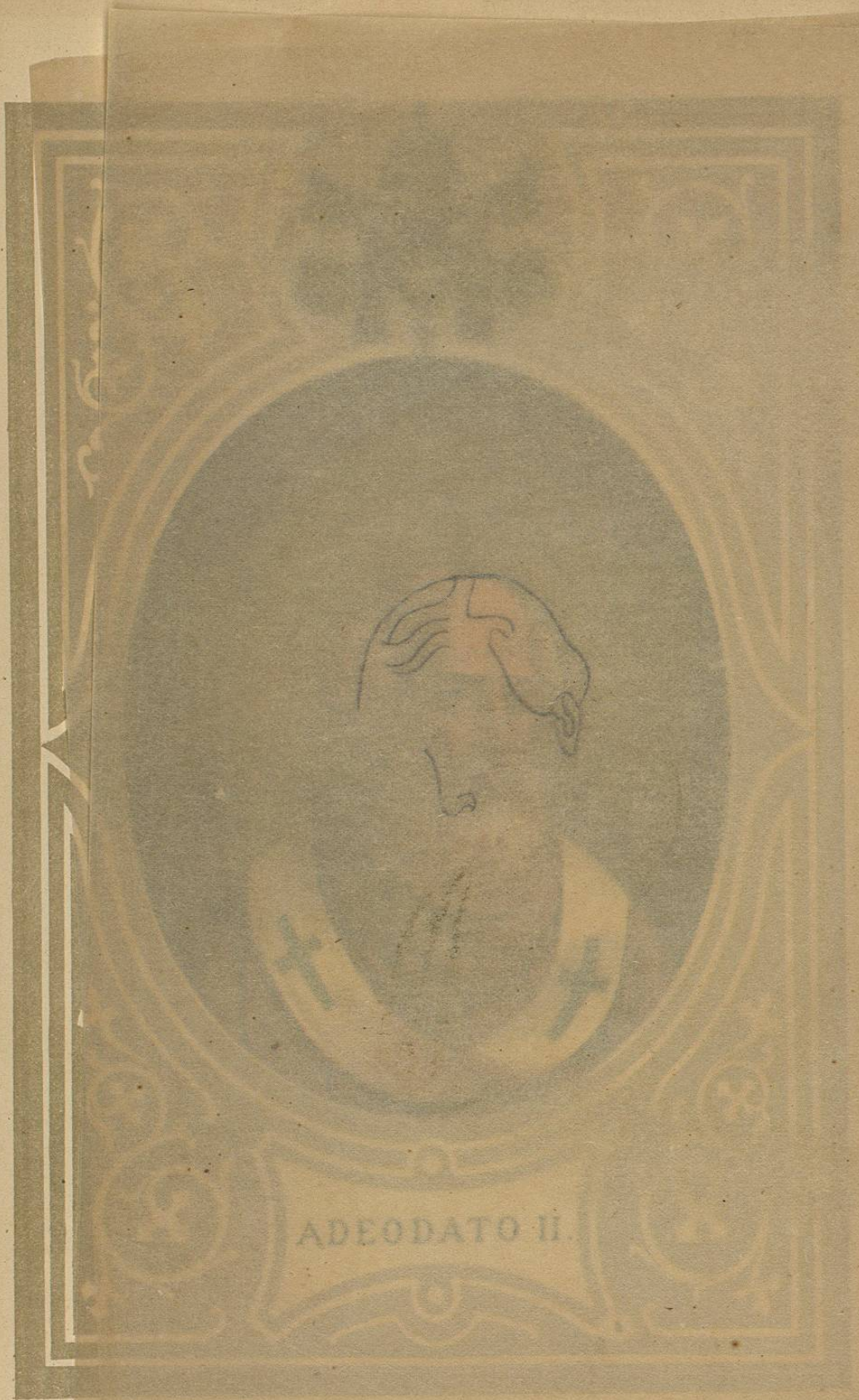
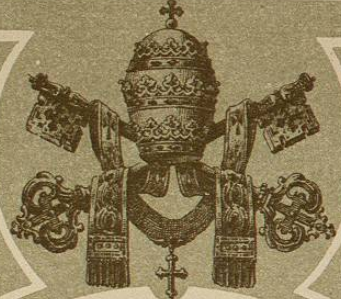


ADEODATO II.





ADEODATO II.



DONO I.

Después que hubo recibido las cartas del emperador, reunió en Roma un sínodo, con asistencia de ciento veinte y cinco obispos. En él fueron condenados los monotelitas y fueron elegidos los legados que debían ir en nombre del papa al concilio general que debía celebrarse en Constantinopla, del que corresponde hablar aquí, con la extensión que requiere su importancia, si bien teniendo presente lo que se ha dicho respecto á la supuesta condenación de Honorio I.

XIX.

Como se ha hecho al tratar de otras de estas asambleas ecuménicas, transcribese la explicación que de ella hace el señor Amat. «El emperador suplicó al papa que enviase como legados suyos algunos varones sabios y prudentes, para decidir todas las disputas con los patriarcas de Constantinopla y Antioquia, y los obispos que pudiesen juntarse; ya que las fatales circunstancias de los tiempos no permitían una junta perfecta de todos. El papa que no era ya San Agaton, animado de los mismos deseos de la paz, juntó luego que pudo un concilio de más de cien obispos, y envió los legados con dos cartas al emperador, una en su nombre particular, y otra en el del concilio. En ambas se hace la más clara confesión de la fé sobre las dos voluntades, y se prueba é ilustra esta verdad. El papa previene que la Santa Sede jamás ha errado, ni se ha apartado del camino de la verdad, en virtud de la promesa hecha á San Pedro de que no faltaría en su fé: en orden á los legados previene que la dominación de los bárbaros, y la precisión de trabajar para comer, no dejan lugar para dedicarse mucho al estudio. Y añade:

«Hemos dado á estos diputados algunos textos y libros para que os los presenten cuando lo mandeis, y os expliquen la fé de esta Iglesia apostólica vuestra madre espiritual: no con la elocuencia del siglo que no poseen, sino con la sinceridad de la fé que hemos aprendido desde la cuna. Dignaos, pues oírlos con benignidad.»

»Los legados llegaron á Constantinopla á 10 de Setiembre de 680. El emperador los recibió con agrado, los trató con generosidad y atención, y dispuso luego que viniesen los obispos orientales para celebrar el concilio. Tuvose la primera sesión el día uno